

Comunicación e intervención, una reflexión desde las propias prácticas

Lic. Fernando Bustamante - Universidad de Málaga – Universidad Nacional de Salta - chacotadelnorte@gmail.com – fbustamante@uma.es

Resumen: En este trabajo, se parte de prácticas concretas de comunicación, que constituyen una trayectoria profesional, y que fueron desarrolladas en distintos ámbitos y geografías de la Argentina. Desde ese punto de partida, se discuten algunos conceptos desarrollados mayormente en América Latina a partir de una contrastación bibliográfica.

El intento del trabajo es esbozar una perspectiva política, científica y comunicacional desde la que podría posicionarse el comunicador, una descripción de su rol, la formación y ámbitos de trabajo y proyección profesional que se van configurando en el campo -todavía en formación- de la comunicación social en Argentina.

Palabras clave: Comunicación, comunicación/educación, intervención, formación, América Latina

1. Introducción

En América Latina existe ya una larga tradición de prácticas y reflexión desde la comunicación en materia de intervención. Algunas discusiones allí pertinentes giran en torno a la crítica de nociones de desarrollo, la tradición en Políticas Nacionales de Comunicación, conceptos y modelos de Planificación y el campo que podemos denominar educación/comunicación popular, que reconoce como fundamental antecedente a Paulo Freire. Más recientemente se integra el concepto de estrategia de comunicación.

Este marco de desarrollos de la comunicación plantea la necesidad y la decisión, presente ya en Paulo Freire, de que la reflexión, si se propone aportar a procesos comunicacionales concretos, debe partir de las prácticas sociales, y establecer con ellas una relación dialéctica. En este marco, este trabajo propone reflexionar, a partir del propio recorrido profesional, sobre las relaciones entre Comunicación e Intervención, desde la mirada Latinoamericana.

2. Las prácticas

Mi llegada al campo de la comunicación se dio a través de una de mis primeras experiencias laborales. Habiendo terminado la secundaria como técnico en electrónica, y en medio de algunos embrollos emocionales con la carrera de ingeniería, comencé a trabajar en una productora de televisión como técnico. Allí me familiaricé con equipos, su operación y el componente expresivo del oficio. Mi representación del campo de la comunicación estaba acotada a aquellas prácticas de producción televisiva y al periodismo, y me daba la impresión de ser, en ese momento, como de poco rigor e interés intelectual, de improvisación y apariencias. Literalmente cartón pintado. Aún así, con reservas pero gracias a un amigo que me acercó lecturas de las ciencias sociales, comencé a cursar la licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires. Allí me encontré con una matrícula desbordante de compañeros que traían sus propias representaciones del campo de la comunicación, y que resultaban de las más variadas. Aspirantes a intelectuales de izquierda, cinéfilos y periodistas deportivos convivían en las aulas con conflictividad diversa. Ante los reclamos de los alumnos a los profesores por precisiones sobre el campo de la comunicación, solo se recibían desafíos a la imaginación y la construcción del mismo. Lo único claro que parecía aportar la carrera, y que interpelaba a muchos compañeros, parecía ser una disconformidad básica con el estado social y mediático de las cosas, la vocación a la transformación y los mandatos de lucidez y originalidad para el futuro profesional de la comunicación.

Hacia el final de mis estudios, estaba cursando la especialización en procesos educativos, y empecé a vincularme con organizaciones sociales. Primero con el Centro Kairos, luego con Fundación El Retoño, después el Centro Nueva Tierra, y a través de este último con muchas otras organizaciones. Fui encontrando espacios de comunicación/educación donde desarrollarme.

Ya había sido explotado por una productora de cine publicitario y comencé a enseñar comunicación en instituciones de nivel medio, y en la Dirección de Formación Docente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Allí coordiné un centro de recursos para docentes. Luego cambié mi residencia al extremo norte de Argentina, la región chaqueña, a trabajar con comunidades indígenas wichí en alfabetización y producción de materiales en lengua wichí con una organización vinculada a la Iglesia Anglicana. Viviendo en Tartagal, provincia de Salta, comencé a dar clases en la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional de Salta, que se extendió casi por cinco años. En la provincia de Jujuy coordiné la Red de Comunicación Indígena durante dos años y medio. Paralelamente, también participé del área de formación de Foro Argentino de Radios Comunitarias. En varias de estas experiencias desarrollamos publicaciones, y aunque constituye un saber específico de lenguajes audiovisuales, lo considero como propio de las tareas de comunicación y educación. En el Centro Kairós, la Revista del mismo nombre; en Nueva Tierra, el Boletín; en Asociana, publicaciones educativas, en la RCI, participaba en el Boletín. Hace algunos años participo en una publicación del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores de la Argentina (IDEF-CTA), la Revista Pampa, de reflexión cultural y política. Este es el único

caso donde mi participación no es parte de mi tarea dentro de la organización. Esta última experiencia viene a cristalizar un interés adicional por la reflexión/investigación de problemáticas culturales y comunicacionales que comenzaron justamente en el Instituto de Estudios de la CTA, continuó luego con el Centro Cultural de la Cooperación, mi Tesina de grado y que solo se hizo orgánica en la universidad en Salta. No hay que descartar en mi formación como investigador, el trabajo free lance en encuestas de opinión.

Este transcurrir me permitió desarrollar experiencias cualitativamente distintas y desde distintas condiciones, posibilidades y limitaciones. Pasé por distinto tipo de organizaciones sociales, casi todas con algún vínculo religioso. Algunas de comunicación y desarrollo, otras solo de desarrollo. En ellas mi posición varió entre tareas más clásicas de comunicación (periodismo, formación), tareas de gestión y otras nuevas como alfabetización. También varió mi situación entre voluntario, contratado y responsable. Después de varios años de estar por completo dentro de las organizaciones, pretendo construir un vínculo de mayor autonomía, tratar de sistematizar mis experiencias y facilitar procesos con aportes en proyectos determinados.

Es importante para esta reflexión ver el papel de los espacios en el sistema educativo formal para la construcción de mi trayectoria en las organizaciones. Han sido espacios de experimentación, en un sentido, pero también fueron imprescindibles para sostener paralelamente prácticas remuneradas, relacionadas con el campo de la comunicación/educación. En mi caso, todavía hoy, la universidad es un espacio invaluable que me permite sostener la reflexión y los aportes a los procesos de las organizaciones. Quizás se debe reflexionar más sobre esa relación entre organizaciones sociales y sistema educativo formal, al que muchas veces acusamos por sus limitaciones, pero al que pocas veces le reconocemos el rol de formador de ciudadanos comprometidos. Tanto en mi caso personal –y conmigo muchos compañeros, que despertamos al interés militante gracias a la universidad pública-, como de dirigentes sociales -alfabetizadores y comunicadores indígenas, dirigentes barriales, etc- que no serían tales sin las herramientas de la escuela pública.

Desde mi rol en estos espacios, siempre fue una preocupación la vinculación de esas prácticas con el campo de la comunicación, tal como lo plantean los autores que retomo más abajo. Y el sentimiento, que recuerdo en muchos momentos, es de soledad y limitación, sobre todo en aquellos espacios no especializados en la comunicación.

3. Perspectiva científica, política y comunicacional

Varias son las referencias teóricas a la hora de poner señales en el campo de trabajo del comunicador comprometido. Claramente Hector Schmucler es una de ellas. En su texto *Memoria de la comunicación (1982)*, plantea cómo en los años 70, la práctica intelectual estaba íntimamente ligada con la militancia sociopolítica, en Latinoamérica. Y frente al “posibilismo como filosofía de la sensatez” Schmucler plantea no resignarse a lo inevitable de leyes inexorables de “una civilización”. Seguir abiertos a lo imposible. Aquí está discutiendo

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

posiblemente con la noción de desarrollo, como colonización de las prácticas de transformación. Volveremos luego a esto de la mano de Gustavo Cimadevilla.

Entonces, Schmucler apela a Edgar Morín para señalar que la resistencia es imperativa, que todo puede comenzar desde algún lugar imprevisto, debe comenzar de todas partes. La lucha no se justifica ya por la certidumbre de victoria, debemos aprender a luchar por la lucha misma, por la dignidad intelectual. “Un proyecto de comunicación/cultura no podría continuar sin asumir esta lacerante conciencia” (Schmucler, 1997: 149). Es un proyecto que asume los problemas de la eticidad –de lo político- que se dan en la intersubjetividad, el siempre vulnerable reconocimiento recíproco¹. “Comunicar es comulgar” y no responder a la razón tecnocrática.

“Deben emerger una nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad humana”²

La producción de lo cotidiano es producción de sentidos, y no pueden escindirse uno de otro. La creación y recreación de la vida como dinamismo de la comunicación/cultura. Allí, “la significación de los mensajes que circundan al hombre” (Schmucler, 1997: 145) anticipa las mediaciones de Martín Barbero. La propuesta de Schmucler es militante y crítica, y su materia es la cultura.

Además, en la cita de Morín vemos la afinidad de aquel con el espíritu de la teoría de la complejidad. En su crítica, las certezas de la razón –aunque militante- moderna se hace cargo de la incertidumbre patente en todas las dimensiones del campo de la comunicación y de la vida con la crisis de la modernidad.

Pero definamos comunicación y estrategia de comunicación. Sandra Massoni propone que la comunicación, más que un proceso externo que se recibe y transmite, es una dimensión social, endógena en los grupos y participantes en el proceso, que se asemeja a un proceso educativo (Massoni, 2007: 37). Es un proceso de construcción con momentos similares a los procesos cognoscitivos de cada sector con el que se trabaja. Es un espacio estratégico en la dinámica sociocultural que construye y reconstruye permanentemente “la trama activa del sentido en un espacio social” (Massoni, 2007: 36).

La estrategia de comunicación es un esfuerzo permanente para establecer una conversación en un espacio determinado. Dice Massoni: Nos interesa trabajar con estrategias como dispositivos de diseño para interpelar la dinámica social

¹ Habermas, J., *Ciencia y técnica como “ideología”*, Tecnos, citado en Schmucler, op. cit.

² *Comunicación y Cultura* N°1 (objetivos), citado en Schmucler, H. Memoria de la Comunicación, Biblos, Buenos Aires: 1997 (La investigación (1982): un proyecto de comunicación/cultura).

operando crítica y valorativamente en su dimensión comunicativa (Massoni, 2007: 38).

Partiendo también de una vocación transformadora y crítica, Washington Uranga (2004) señala que la democracia es el proyecto a profundizar, parafraseando a Schmucler, para comulgar con los hoy excluidos. Algunos ámbitos de encuentro entre comunicación y democracia, en los cuales podemos avizorar responsabilidad de los comunicadores, espacios donde la comunicación es central:

a- En ese sentido, no hay democracia sin democracia comunicativa. Para eso son necesarios el acceso irrestricto de todos a la información pública y el acceso de los ciudadanos a (los) medios de comunicación.

b- Los procesos de comunicación se realizan en torno a un determinado proyecto. La democracia es uno de estos proyectos. En él se necesita educar/comunicar para lograr los consensos y la legitimidad en toda la sociedad.

c- De la práctica histórica de los actores sociales emergen valores, normas que constituyen proyectos de las comunidades. Estos emergen gracias a saberes sociales propios

d- La esfera pública es el lugar donde se ejerce el derecho a la comunicación, pero para ello son necesarias ciertas condiciones previas, que son las posibilidades concretas de los actores para construir y presentar sus mensajes. “La comunicación se hace democrática en la posibilidad de acceso a la esfera pública”, en las condiciones para generar sentidos comunes democráticos. Para ello es necesaria la “movilización social”³

e- La alteridad es fundamental para la democracia. La comunicación es democrática cuando los actores la producen desde su identidad, y esto la hace asimétrica. Según Bernardo Toro las estrategias de comunicación deben construir espacios de encuentros para que las culturas se reconozcan.

f- Otra condición para la comunicación democrática es que el sistema de medios sea plural

g- La esfera pública como espacio de legitimación de actores populares a través de la comunicación. La principal dificultad está en las propias organizaciones para reconocerse con capacidad de crear mensajes propios y como actores con voluntad de incidencia. Si la principal fuente de producción es la vida cotidiana, es necesario trabajarla para hacerla comprensible más allá del contexto concreto, para el resto de la sociedad.

Estos espacios de cruce entre democracia y comunicación prefiguran áreas de intervención de los comunicadores. Pero el identificarlos como tales constituye una definición política concreta por una función de la comunicación y su vinculación con un horizonte político.

Sobre la relación entre las formas contemporáneas de la intervención y el campo de la comunicación, Gustavo Cimadevilla propone una serie de

³ Toro, José Bernardo, citado en Uranga, op. cit.

cuestiones, de las que podemos tomar consideraciones que hacen al rol del comunicador que estamos proponiendo.

Un comunicador que se propone intervenir en contextos sociales, debe reconocer que la intervención es un proceso inherente a la conformación y a la vida de los grupos humanos, que para superar problemas de existencia, buscan imponer un orden al ambiente, y que esta búsqueda es mediante acciones socialmente significativas.

Los estados deseado y no deseado son configurados desde la subjetividad de los actores con valoraciones que provienen de un contexto sociocultural determinado.

Todo proceso de intervención social supone un colectivo social con todas las condiciones que eso implica: situado en un ambiente determinado, un desarrollo común del lenguaje, la acumulación de experiencia, y la herencia de relatos; con instrumentos creados para facilitar las condiciones materiales; un esquema de valores y un sentido y orientación del mundo, y una concepción del protagonismo.

La intervención es una acción orientada, posible en base a una lectura de la realidad que debe ser legitimada, y que está en disputa con otras lecturas de la realidad, correspondientes a actores sociales involucrados en la intervención.

En ese sentido, el protagonismo en ese proceso también es una cuestión de legitimación de los actores y saberes socialmente habilitados para protagonizar.

Este punto es un claro terreno de acción de los comunicadores, tomando postura por actores subordinados, trabajando para su legitimación y su protagonismo, no suponiendo que primero viene la legitimación, sino como dos polos de una relación dialéctica. El actor que logra participar, se legitima, y esa legitimidad potencia su protagonismo.

En ese sentido, han variado a lo largo de la historia las concepciones que justificaron los procesos de intervención social. Las intervenciones habilitadas durante la modernidad fueron en base a las nociones de progreso y desarrollo. Estas nociones legitimaron la intervención de los Estados nacionales. “Progreso” remitió al uso del conocimiento científico para la racionalización - como racionalidad instrumental- de las condiciones de existencia. El desarrollo significó la transformación del mundo según los intereses de los actores protagonistas de dicho cambio. Sin embargo, el desarrollo tuvo distintos estilos en América Latina, de acuerdo a las coyunturas históricas determinadas para los Estados Nación.

Lo que está en juego en una instancia de intervención es la posibilidad de generar cambios determinados para orientar la realidad hacia un estado concreto. En ese marco, los problemas de comunicación son los problemas de las relaciones, acciones e instrumentos para lograrlo y de los múltiples elementos contextuales que lo sitúan sociohistóricamente. (Cimadevilla, 2004: 136).

La legitimación diferencia al desarrollo del resto de las intervenciones. Si ella es el resultado del “merecimiento del reconocimiento por parte de un orden político” (Habermas, 1986: 243, citado en Cimadevilla), entonces, la principal relación entre comunicación y desarrollo pone en foco los procesos en que se discute, decide e instala la legitimidad que facilita la intervención.

En este contexto, la comunicación se vuelve tecnología de la relación. Esta definición establece una cercana relación con uno de los planteos de Uranga señalados más arriba. Esto es, que con la crisis de la idea de progreso, la comunicación dejó de estar motivada por objetivos políticos, religiosos, etc, que aglutinaban la sociedad, para desplazarse hacia la visibilización de los actores y a la interpretación de las relaciones entre ellos en un escenario determinado.

En cierto sentido, podemos decir que la idea de desarrollo retiene aún para la comunicación una orientación, una teleología, que Uranga señala para una etapa anterior a la centralidad de los medios. Sin embargo, en el contexto actual, le toca cada vez, en cada intervención, disputar su capacidad aglutinante y orientadora de la acción transformadora de los sujetos.

El papel de la comunicación, en torno a la idea de intervención en la modernidad tardía, continúa Cimadevilla, podría ser el de proponer que la legitimación necesaria surja del protagonismo de los actores, más que de la persuasión de los autores. Pensar el desarrollo en ese marco es pensar la posibilidad de que un colectivo social sea protagonista de la definición y la orientación de una intervención.

En continuidad con lo anterior, Rosa María Alfaro⁴ señala seis aportes de la comunicación a la construcción social.

En primer lugar, visualizar actores. Aportar a la legitimación de actores invisibilizados, facilitar la toma de la palabra. En segundo lugar, sensibilizar y motivar sobre el valor del esfuerzo colectivo para el cambio social y trascender el pragmatismo. En tercer lugar, construir y consolidar relaciones estratégicas entre sujetos e instituciones. En cuarto lugar, generar intereses y voluntades públicas. Hacer escuela de opinión creando esfera pública. En quinto lugar, promover discursos y demandas sociales estimulando a sujetos para que trabajen sus demandas desde sus lógicas y por debates específicos. Por último, construir desde lo particular el sentido del desarrollo social con temas y actores articulados. El comunicador debe ser un tejedor.

4. Una descripción de rol

Sandra Massoni se cuestiona si nuestro rol como comunicadores no consistirá simplemente en romper con los academicismos, superar la reflexión en sí por un análisis para actuar, una tarea que imbrique teoría y práctica.

Con este propósito, la autora propone abordar la dimensión comunicativa como un espacio estratégico. Esto implica trabajar desde la investigación-acción como proyecto de comprensión de la diversidad cultural. Allí, la tarea del

⁴ Citado en Bruno y Uranga, op. cit.

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

comunicador sería indagar los posibles puntos de articulación de las diferencias, en función de intereses y necesidades de grupos y actores sociales que se reconocen para operar en función de un objetivo.

El comunicador debe ser más que un mero ejecutor. Debe diseñar una acción de comunicación desde la idea hasta la realización en función de un objetivo. Debe tener capacidad de encontrarse con la realidad, de generar, a través de la investigación, el espacio de experimentación de los actores, formular demandas y diseñar alternativas.

“La especificidad del comunicador es articular prácticas de comunicación y movimientos sociales ... poner en juego diversos saberes en función de un objetivo.”(Massoni, 2007: 60)

Y también:

“Aportar a una conversación macrosocial en la cual lo importante es diseñar caminos cognitivos capaces de interpelar a los diferentes actores socioculturales que son relevantes en cada caso para aportar a que emerjan nuevos sentidos y acciones compartidas” (Massoni, 2007: 69).

A esta altura, ya está claro que no es posible pensar por separado el rol del comunicador con la perspectiva político comunicacional que proponemos, es decir que nos planteamos las condiciones de un comunicador comprometido con los procesos sociales e interviniendo en ellos.

Washington Uranga, por su parte, señala en Democracia y Ciudadanía: Responsabilidad de los comunicadores, citando a Sandro Macassi, que los medios han absorbido el debate en el espacio público, siendo ellos la representación de los problemas públicos. Y esto ha generado cambios en la tarea de los comunicadores profesionales. La conformación de las agendas públicas no constituyen solo negociaciones en base a la noticiabilidad. Esas negociaciones son (o deberían ser) formas de participación, y ejercicio del poder por parte de los actores sociales. Así, el espacio de desempeño del comunicador es aquel donde los medios articulan los movimientos sociales con la construcción de participación social.

Desde el punto de partida que fue el periodista, el comunicador ha complejizado su rol, a través de la construcción de nuevos saberes comunicacionales, herramientas metodológicas para reconocer e intervenir en las prácticas sociales.

Teniendo esa caja de herramientas, es necesario que se pongan en práctica también para contribuir a la vida de los grupos y colectivos.

Me gustaría rescatar aquí lo que desarrollaron Washington Uranga y Daniela Bruno en un texto de 2001, sobre los perfiles de formación de comunicadores y planificadores. Posteriormente, en relación con los modelos de planificación, si

bien los autores han revisado su propuesta-modelo de planificación, podemos rescatar algunas cuestiones sobre nuestro rol.

- el planificador posee un saber diferenciado que forma parte de un conjunto de saberes necesarios; Aunque los autores no especifican en este punto cuales son, arriesgo que se refieren a la mirada estratégica, de proceso, de proceso pedagógico, de sistematicidad del mismo
- posee un saber que pone al servicio de la articulación de los diversos saberes y de las percepciones;
- no disocia objetivos de metodologías;
- está más cerca de un facilitador que de un experto (los procesos están por encima de los objetivos porque el proceso es un objetivo en sí mismo);
- se preocupa por los diagnósticos permanentes no sólo desde el impacto sino desde el proceso;
- requiere capacidad de transdisciplina (sobre todo en la construcción de la mirada) para lo cual se impone el manejo de ciertos códigos, conceptos y técnicas de aquellas disciplinas con las que dialoga;

En ese sentido, el comunicador se pregunta permanentemente por el escenario social complejo de su acción; los conocimientos teóricos y destrezas técnicas en relación con ese escenario; y por el sentido ético, social y práctico de su intervención.

Allí también señalan los autores que el comunicador debe poder reconocer nuevas formas de interacción; modificar sus formas de entender las relaciones sociales; dejarse transformar por las prácticas; e intervenir creativamente en las prácticas. Esto está íntimamente relacionado con lo que señala Massoni en torno a la investigación del comunicador, y a su carácter de espacio para el encuentro con la realidad y para la experimentación, en el sentido de producción de experiencia social de los actores.

Me gustaría agregar que muchas veces resulta difícil reconocer las nuevas formas de interacción, y que me ha ayudado partir de la pregunta por los aprendizajes adaptativos a nuevas condiciones de algunos grupos que se ven afectados por las transformaciones. Es más difícil encontrar resignificaciones propuestas por los actores sin una transformación previa del contexto. Por otra parte la novedad en las formas de interacción es siempre una novedad para el analista, en ese sentido es importante reconocer esas interacciones nuevas para mí, o para la sociedad, que responden a grupos marginados como pueden ser los pueblos indígenas.

Es imprescindibles que el comunicador tenga la sensibilidad de dejarse transformar por las prácticas de los actores. En ese sentido, el compromiso del comunicador con los procesos va más allá del conocimiento sistemático, y requiere encarnar ese conocimiento en el propio cuerpo. Mas adelante discutimos la dificultad para pasar con facilidad de un ámbito de la comunicación a otro, como profesional. De esta manera, el comunicador

desarrolla una actitud, que es epistemológica, comunicacional y política, pero una actitud que es mayormente corporal.

5. Formación (conocimientos y habilidades) requerida y Ámbitos de trabajo y proyección profesional.

Fernando Martínez relevó las ocupaciones de los graduados de comunicación de la UBA, y agrupó dieciséis ocupaciones:

Planificación En Comunicación, Comunicación Institucional, Prensa, Publicidad, Marketing, Comunicación Interna, Organización De Eventos, Management De Artistas, Periodismo, Producción De Contenidos (Audiovisuales), Regulación De Contenidos, Edición, Capacitación En Comunicación, Facilitación De Grupos, Investigación, Docencia.

A su vez las podemos reagrupar en círculos concéntricos que representan la cercanía/distancia de distintas áreas a lo que yo desarrollo como perfil profesional de comunicación:

En una primer área de cercanía al ethos de lo que considero las prácticas del comunicador, estarían: Planificación En Comunicación, Comunicación Institucional, Comunicación Interna, Capacitación En Comunicación, Facilitación De Grupos y Prensa.

En estas áreas se desarrollan las siguientes tareas: realización de diagnósticos comunicacionales y diseño de planes de comunicación interna y externa para las organizaciones y distintos actores sociales. Análisis psicosociográficos de los destinatarios para una mejor adecuación del lenguaje que mejore la llegada de los mensajes. Tomando como objeto de comunicación a la institución, la elaboración y envío de información institucional a los distintos sectores de la población o a los públicos de la organización (Relaciones Institucionales, Relaciones Públicas y soportes como gacetillas, sitio web de la organización, revistas externas). Generar pertenencia, mejorar los vínculos y mantener informados a los miembros de una organización. Instrumentación de canales para la circulación de la información al interior de las instituciones. Mejoramiento de las habilidades comunicacionales de sectores jerárquicos y no jerárquicos en las organizaciones. Transferencia del know how a las áreas en comunicación de las instituciones por parte de consultoras o profesionales especializados. Aplicación de técnicas destinadas al autoconocimiento de los grupos para una mejor satisfacción de sus necesidades y para motivar procesos de transformación. Relación de la institución / actor social con los medios de comunicación; difusión de información a los periodistas. Vinculación con agencias de noticias y tareas de seguimiento de medios (monitoring). Una sub-actividad es la vocería, en los organismos estatales, la gestión de la relación de los funcionarios con los medios de comunicación (cuidado y mejora de la imagen de los funcionarios, aparición en los medios).

En Una Segunda Área De Cercanía: Docencia e Investigación (en sentido clásico). Las tareas desarrolladas son: estudio de los fenómenos y procesos

comunicacionales y transferencia del conocimiento producido en el campo de la comunicación.

En una tercera: Periodismo, Producción De Contenidos (Audiovisuales), Regulación De Contenidos, Edición, Organización De Eventos, Management De Artistas. Nos referimos aquí a una dedicación exclusiva a estas tareas, ya que el primer grupo de ámbitos requiere, en parte, del desarrollo de contenidos. Aquí las tareas que se desempeñan son: procesamiento, producción y emisión de información a través de los medios de comunicación. La investigación periodística, generación de materiales audiovisuales para cine y TV. Actividades de supervisión de las campañas de interés público respecto de contenidos que puedan incurrir en propaganda encubierta. Procesos de conversión de textos o investigaciones en obras para su venta en el mercado. Realización de eventos internos o externos a las organizaciones. Difusión y posicionamiento en el mercado de los artistas y sus obras.

Y en una última circunferencia ya lejana: Publicidad y Marketing. Aquí las tareas desarrolladas son: redactor creativo, planificador de medios y ejecutivo de cuentas. Desarrollo comercial para las organizaciones (materiales en punto de venta, marketing de base de datos, presentación de productos).

Si bien, este ordenamiento no deja de ser un tanto arbitrario, ya que por ejemplo una radio comunitaria necesita hoy desarrollarse comercialmente y Shell planifica prospectivamente, establezco este orden desde mis propias experiencias, y como yo siento los distintos ámbitos de trabajo en relación con el perfil que he construido hasta ahora. Los actores en relación en cada uno de estos grupos marcan un estilo y unos discursos que revelan objetivos políticos casi siempre contradictorios.

Sandra Massoni señala también que el comunicador debe tener la capacidad de desplazarse de un medio a otro sin dificultad. Pero me gustaría señalar aquí un matiz. En mi experiencia de estudiante de Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, el comunicador obtiene una formación que le permite comprender los variados ámbitos sociales y laborales de la comunicación, y desde allí aportar el pensamiento estratégico y el concepto para producciones de distinto tipo. Pero algunos lenguajes requieren una especificidad, además de lo propio de la operación de la tecnología, que requiere una actualización permanente. Los lenguajes audiovisuales requieren el desarrollo de una expresividad propia, un estilo, que no se desarrolla sin experimentación y especialización.

En mi visión, el graduado en comunicación obtiene, además de algunos pocos elementos en alguna especialización de las carreras, herramientas para profundizar y desarrollarse, a través de una práctica profesional posterior, en cualquiera de los ámbitos de la comunicación. En ese sentido, el comunicador puede adquirir con su formación y algunas prácticas profesionales, capacidad para desempeñarse en dos o tres ámbitos con habilidades específicas, pero difícilmente logre pasar con mucha facilidad a cualquier otro nuevo ámbitos, lenguaje o prácticas de la comunicación, con igual calidad de desempeño.

Y aquí ofrezco como argumento la deconstrucción de un propio prejuicio en torno a las prácticas. Desde las teorías y disciplinas que constituyen el campo de la comunicación se obtienen claves útiles para la comprensión de cualquier ámbito de la comunicación, y que permiten hacer propuestas estratégicas y dar una mirada de contexto. Sin embargo, anclando las prácticas a contextos, de lo que se trata es de conocer a los actores concretos, con sus universos simbólicos específicos, y que requieren muchas veces compromisos sostenidos por varios años. En ese sentido, pasar de producir la estrategia de comunicación de un museo o área de cultura estatal, a intervenir en una organización sindical -con mucha historia de militancias, posiciones políticas precisas y variadas, formación y matices ideológicos-, o a la producción cinematográfica o lenguajes audiovisuales, a desarrollar un espacio de intercambio y formación de docentes del sistema educativo de la Ciudad de Buenos Aires, a la producción periodística, a reducción de daños con jóvenes del conurbano con HIV, problemáticas culturales/lingüísticas/territoriales con organizaciones sociales y comunidades indígenas, implica casi siempre comenzar de cero. Esto partiendo de la base de que la intervención es posible desde el conocimiento profundo de la vivencia de los actores, de sus interlocutores, de las características de las relaciones, etc., es decir, desde la intención de intervenir en la construcción de un diálogo de saberes, donde la materia de trabajo es la cultura. Y partiendo también de la base de que, en los espacios organizacionales donde se interviene, casi nunca se dan condiciones para la investigación, y ese conocimiento muchas veces debe ser construido por el comunicador en la soledad y paralelamente a las tareas que se le solicitan.

Hablemos entonces, más específicamente, en términos de Alfonso Gumucio Dagron, del comunicador para el cambio social. Este comunicador, un tanto difícil de hallar, debe contar con tres rasgos que hacen a la especificidad de su perfil.

En primer lugar, debe entender la tecnología en su rol de apoyo a la comunicación humana, y no como condicionante de esta. Por otro lado, tecnología puede ser un lápiz, no solo las computadoras o cámaras de video.

En segundo lugar, debe comprender su campo de acción (la comunicación para el cambio social) como íntimamente vinculada con el diálogo y la cultura, y que es necesario mucha sensibilidad y compromiso para facilitar estos procesos de comunicación en contextos de pobreza.

Por último, Gumucio señala que el comunicador debe poder comprender que el proceso de comunicación desde la comunidad y con la comunidad es más importante que el producto.

En definitiva, Gumucio señala que el comunicador para el cambio social es un espécimen raro que combina conocimiento en temas de desarrollo, experiencia directa de trabajo en las comunidades, sensibilidad para abordar la interculturalidad y el conocimiento de tecnologías de comunicación.

Creo, sin embargo, que a esta muy sintética puntuación que hace Gumucio se debe sumar, para trabajar la comunicación como espacio de lo estratégico, su

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

disposición y la utilidad de las herramientas que domina para interpelar actores, es decir, la dimensión política de su tarea.

En las reflexiones que sostenemos en este trabajo subyace sin mayor discriminación todavía los espacios diversos desde los que se puede sostener cierta perspectiva política, comunicacional y del rol del comunicador. Que, a mi entender, no son todas las recién mencionadas.

Tímidamente comenzamos a señalar el espacio académico como pie de apoyo para la validación de nuestro rol. Como señalé basado en mi experiencia personal, habría que incluir el espacio universitario con todo el sistema educativo formal. Estos espacios han sido espacios de experimentación, en un sentido, pero también fueron imprescindibles para sostener paralelamente prácticas remuneradas, relacionadas con el campo de la comunicación/educación. En mi caso, todavía hoy, la universidad es un espacio invaluable que me permite sostener la reflexión y los aportes a los procesos de las organizaciones. Quizás se debe reflexionar más sobre esa relación entre organizaciones sociales y sistema educativo formal, al que muchas veces acusamos por sus limitaciones, pero a quien pocas veces le reconocemos el rol de formador de ciudadanos comprometidos. Tanto en mi caso personal –y conmigo muchos compañeros, que despertamos al interés militante gracias a la universidad pública-, como de dirigentes sociales -alfabetizadores y comunicadores indígenas, dirigentes barriales, etc- que no serían tales sin las herramientas de la escuela pública.

Menos lateralmente planteé situaciones referidas a comunicadores en equipos, concretamente en organizaciones sociales. Una situación más extraordinaria es la de organizaciones que facilitan procesos de comunicación en otros grupos a través de la formación. Este tipo de espacios (CNT, Formación FARCO) parece más similar a las actividades de “extensión” desde el espacio universitario, pero no tan sujeto a lógicas burocráticas, ni como tarea subsidiaria de la docencia, sino con mayor flexibilidad de acción para adaptarse a procesos en las organizaciones, y con la tarea en cuestión como ocupación principal.

No es cierto, sin embargo, que las organizaciones tengan siempre gran flexibilidad que les permite adaptarse a los procesos de los actores. Esto es más bien una posibilidad que no siempre se concreta. Para ello hay que contar con una estrategia de financiamiento muy consolidada, que hoy es una situación excepcional entre las organizaciones sociales. Estas también son víctima de rigideces, y de dificultad para procesar los emergentes en las demandas de los territorios. En su gran mayoría, estas situaciones responden a las dificultades de financiamiento, que podríamos llamar los ciclos de financiación de proyectos.

Pero también los condicionamientos a que debemos someternos para tales financiamientos: la figura de “fondos con fin específico”. Esto significa que los fondos otorgados y los bienes adquiridos con ellos como donación para un proyecto no pertenece a la organización ejecutora, sino hasta su amortización, en el caso de los bienes. Y en el caso de los fondos, solo pueden utilizarse para el fin descrito en el proyecto/contrato. En el caso de no ser ejecutado, debe ser devuelto al donante. Los proyectos largos son rígidos, los proyectos

cortos generan mucha discontinuidad en la constitución de equipos y de actividades. Todos están acotados a conceptos/rubros de mayor o menor interés para los financiadores, por lo tanto con más o menos posibilidad de financiamiento. El mundo empresarial –o quienes obtienen sus recursos en base a servicios- cuenta con mucho margen de maniobra en comparación con las organizaciones sociales, que cuentan con exiguo margen para reformular sus acciones de proyectos ya aprobados.

Desde mi rol en los distintos espacios en que me desempeñé, siempre fue una preocupación la vinculación de esas prácticas con el campo de la comunicación, tal como lo plantean los autores que retomé. Y el sentimiento, que recuerdo en muchos momentos, es de soledad y limitación, sobre todo en aquellos espacios no especializados en la comunicación. Aquellos espacios donde el comunicador se encuentra solo frente al peso y rigidez de las instituciones, a la rigidez de las disciplinas de los colegas no comunicadores, al gran espesor simbólico de la comunicación como periodismo, y a las condiciones materiales –los pocos recursos disponibles y los condicionamientos impuestos por financiadores a recursos posibles- para una práctica nueva de la comunicación transformadora.

Las propuestas que aquí se vierten constituyen todavía una práctica profesional novedosa, que requiere de la transformación de los distintos espacios profesionales. Estas condiciones concretas que enfrentan los comunicadores requiere de la construcción/institucionalización de espacios de reflexión e intercambio de experiencias que permitan a los comunicadores que ejercen mantener a la vista las referencias de un proyecto transformador.

Referencias bibliográficas

Bruno, Daniela y Uranga, Washington (2001): Formación académica e imaginarios profesionales del comunicador y del planificador de procesos comunicacionales, Buenos Aires, (sin más datos).

Cimadevilla, Gustavo (2004): “Tocarle la cola al león. Una lectura del desarrollo a través de sus condiciones de intervención”, en Aprea, G. (comp.), Problemas de comunicación y desarrollo, Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Gumucio Dagrón, Alfonso (2004): “El cuarto mosquetero: La comunicación para el cambio social”. Investigación y Desarrollo 1 año/vol. 12, Barranquilla (Colombia), agosto, pp. 2-23.

Martínez, Fernando: “Áreas de prácticas profesionales del comunicador”. Presentada en Jornadas académico- curriculares de la Universidad de Bs. As. (sin más datos):

<http://www.google.com.ar/url?sa=t&source=web&ct=res&cd=1&ved=0CBQQFjAA&url=http%3A%2F%2Fcomunicacion.fsoc.uba.ar%2Farpracprof.htm&ei=oBL1S4SdEsGPuAfd99zZCA&usq=AFQjCNGr9NGu0pOfd9GNTiK3XwokdNLkuw>
[Consultado 20/05/2010]

Massoni, Sandra (2007): Estrategias. Los desafíos de la comunicación en un mundo fluido, Rosario (Argentina): Homosapiens.

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

Schmucler, H. (1997): Memoria de la Comunicación, Buenos Aires: Biblos.

Uranga, Washington (2004): “Democracia y Ciudadanía: responsabilidades de los comunicadores”. Presentado en el Congreso de la Asociación Boliviana de Investigadores de la Comunicación (ABOIC), Cochabamba:

www.catedras.fsoc.uba.ar/uranga/uranga_democracia_y_ciudadania.pdf

[Consultado 05.05.10]

* Este trabajo fue realizado en el marco del Proyecto de Investigación “Comunicación popular y alternativa en contextos de frontera. Mapeo de actores, territorios y experiencias en el Noroeste argentino”. Resolución N° 234-CCI-11, CIUNSA (Consejo de Investigación Universidad Nacional de Salta), Argentina.